

JANI

Jani, sostenía entre sus manos el diario de su madre. Lo abría por cualquier página y se disponía a leer. Sus ojos se detenían donde veía escrito su propio nombre, pues, tras leerlo, sabía que iba acompañado de un beso.

"No importa dónde estés, ni que te hagan, Jani. Sólo importa quién eres, y eso lo tienes que ir construyendo con tu voluntad y las piedras del pasado, pero sobre estas, utiliza sólo las que te sirvan para sujetar mejor, todo aquello en lo que creas firmemente.

Todo este dolor es fruto de un error, nadie sabe de dónde sale; unos dicen que del odio acumulado, otros que de la codicia sin límites, otros simplemente de la propia naturaleza salvaje del hombre... Solo te pido que no guardes en tí lo que no es tuyo. No es tuyo el odio, ni la codicia, ni la violencia. Es el mejor modo de preservarte del dolor; mantener la dignidad y actuar con inteligencia, pensando también en los demás.

Jani, querida niña mía, querida niña del mundo. Hubiera querido que tus ojos vieran nuestros bosques, que tu cuerpo hubiera recorrido nuestros caminos, que tu alma se hubiera fundido con nuestro espíritu. Nada de eso ocurre ahora, pero piensa que allá donde estés, eres parte de la belleza; que tu eres un trozo necesario de universo, de lo contrario, no hubieras nacido, y que no existen los finales tristes, siempre hay algo que podemos salvar. Mira a tu alrededor, no todo es feo, seguro que alguna niña tiene un diario como el tuyo, o al menos, le gustaría tenerlo.

Te doy el beso más largo que hayas recibido, dejo en tu pelo mis labios, amor."

Jani cerraba el diario y lo apretaba contra su pecho. No había otro abrazo más cálido, en medio del campamento de desesperados.

Jan Sterki

